

ESTUDIOS

HEBREO + ESPAÑOL
 NOTAS DE SEMÁNTICA COMPARADA III

LUIS ALONSO SCHÖKEL
 Pontificio Istituto Biblico. Roma

Hace ya varios años que publiqué dos artículos sobre la materia ¹: coincidencia sin dependencia entre el hebreo y el español. Entre tanto, la publicación completa en fascículos del *Diccionario Bíblico Hebreo Español (DBHE)* ha retrasado este último artículo. Habiendo presentado ya el método con ejemplos, me siento autorizado a proceder ahora más expeditamente.

1. Quizá. Es un gesto lingüístico de humildad: un reconocer los límites de nuestro saber y de nuestras esperanzas. Si el ser humano se define como *homo sapiens*, también se puede definir como *homo ignorans*. Pero sabe que ignora y acepta discretamente la mezcla de saber y no saber: quizá... quién sabe... Pues nuestro quizá es transformación fonética del italiano *chi sa*.

Los alemanes dicen *vielleicht*, que significa muy fácilmente. Los ingleses se confían a la suerte con su híbrido *perhaps*, que junta el latino *per* con el sajón *hap*, suerte (al principio buena, más tarde cualquiera). La suerte casa bien con la ignorancia, y así, por la etimología, nos sentimos más próximos a los ingleses que a los alemanes. Lo sorprendente o curioso es encontrar exactamente el mismo uso en un escritor hebreo tardío, a quien conocemos por el nombre de oficio, *Eclesiastés*. Este hombre, tan inclinado a dudar, tan sensible para el valor relativo de lo humano, usa varias veces la expresión *mî yôde'a*, que a la letra significa ¿quién sabe?: 2,19 ¿Quién sabe si será sabio o necio?; 3,21 ¿Quizá/quién sabe si el aliento humano sube arriba y el aliento animal baja a la tierra? Los ingleses traducen *who knows*, los alemanes *Wer weiss*, los italianos *chi sa*.

¹ *Sefarad* XLVII (1987) 245-254 y XLIX (1989) 11-20.

2. Poco a poco. Una señal de que uno progresa en la lengua italiana es duplicar la preposición en la frase adverbial *a poco a poco*. Esta costumbre de duplicar palabras es corriente en cualquier lengua, y puede tener función descriptiva o expresiva. Poco a poco describe un proceso lento, de pasos menudos. También los ingleses dicen *little by little*, mientras que el alemán *allmählich* tiene que ver con *Gemach*, comodidad. En Ex 23,30 encuentro el mismo procedimiento lingüístico: *mēʿaṭ mēʿaṭ ʾagoršennû*: los iré echando poco a poco. El griego de los Setenta respeta la forma hebrea: *κατὰ μικρὸν μικρὸν*, mientras que la Vulgata traduce *paulatim*, sin duplicar.

También duplica el hebreo en *mēʾod mēʾod*, que se podría imitar con más y más, o duplicando enfáticamente muy muy. De ordinario serán preferibles otras formas de encarecer.

3. Astronomía. El morfema -logía, de origen griego, se emplea para titular muchas ciencias, humanas y divinas, como antropología, teo-logía. Pero cuando se trata del mundo estelar, el morfema -logía se evita y se sustituye con -nomía: ¿por qué? Porque la observación de los astros estaba contaminada de falsas creencias sobre el influjo de los astros en la vida y la historia humana. Es curioso que en italiano la gripe se llame *influenza*, o sea, influjo de los astros en la salud (me refiero a una etimología hoy olvidada). San Agustín tenía que luchar contra semejantes creencias, cuyos adeptos se llamaban *mathematici*. El hecho es que la astrología ha caído en descrédito, aunque todavía periódicos y radios publiquen el horóscopo cotidiano para los que creen en él. Por este motivo, la ciencia respetable de los astros se llama hoy astronomía, que por etimología significa legislación de los astros.

Pues bien, el texto hebreo de Jer 31,35 dice que Dios «establece el sol como luz del día y dicta leyes a la luna y las estrellas como luz de la noche». Los griegos no han traducido el hebreo *ḥuqqôt*; en cambio, la Vulgata ha traducido *ordinem lunae et stellarum*. En medio de culturas que divinizaban astros y constelaciones, el texto de Jeremías afirma que la luna y las estrellas reciben órdenes y las cumplen, reconocen una “legislación estelar” o astro-nomía; naturalmente, reconociendo al legislador. El profeta podría ofrecer su inspiración a una ciencia moderna cada vez más maravillosa.

4. Compañero. Si camarada viene de cámara, com-pañ-ero viene de pan: uno comparte la habitación, el otro comparte el alimento, ya que pan se convierte en abreviatura de alimento. Una palabra

parecida, aunque de alcance restringido, es co-mensal, que viene de *mensa*; o sea, el que comparte la mesa. El alemán nos ofrece dos términos: *Geselle*, que viene de *Saal*, en su antigua acepción de habitación, *Gesinde*, que equivale a compañero de viaje.

El hebreo da gran importancia al uso cultural, pero no forma una expresión estable. De los egipcios dice en la historia de José: «no comen pan con los hebreos, porque sería sacrilegio» (Gen 43,32). De los profetas de Baal se dice que «comían a la mesa de Jezabel» (1 Re 18,19), que eran co-mensales. El segundo libro de los Reyes se cierra con el perdón de Jeconías en el destierro: «lo sacó de la cárcel ... le cambió el traje de preso y le hizo comer pan a su mesa mientras vivió...» (2 Re 27,29). Con esa comida simple el libro termina abierto a la esperanza.

En Sal 41,10 leemos: «Incluso mi amigo, de quien yo me fiaba y compartía mi pan, es el primero en traicionarme»; a la letra «comía mi pan», o sea com-pañ-ero. Desandando la etimología, es decir, tomando conciencia del origen y evolución de las palabras, sería fácil entablar una reflexión sobre el pan eucarístico y la com-pañ-ía de los cristianos.

5. Firmar. Está claro: poner la firma al pie de un documento, firmar una carta, firmar un contrato o un pacto. La firma identifica al remitente de la carta, da validez jurídica al contrato. ¿Está también clara la etimología? Comparémosla con otras lenguas. Los alemanes dicen *unterschreiben*, *unterzeichnen*, que es escribir o marcar abajo, al pie de página, suponiendo que se escribe de arriba abajo. Los ingleses dicen *sign*, *signature*, que es marcar o poner una señal. Los italianos usan *firmare* y *sottoscrivere*. El español nos conduce al latín *firmus*, que significa firme, sólido, válido, y nos pasea por los derivados afirmar, confirmar, en firme.

En un texto bíblico tardío, Dan 9,27, leemos el anuncio: *wəhigbîr bəřîṭ larabbîm*. El verbo es un *hif'il* de *gbr*, que significa ser fuerte, valiente, valer. La frase significa por tanto: «hará fuerte/válido un pacto con muchos/todos»; en otros términos, firme-hará un pacto. El texto hebreo no supone que haya escrito un nombre al pie del documento, porque el procedimiento es lo de menos; lo importante es la validez y firm-eza del acuerdo que se firma.

La versión griega de los Setenta conserva la referencia jurídica: *καὶ δυναστεύσει ἡ διαθήκη εἰς πολλούς*; Teodoción ha conservado la construcción transitiva del original: *καὶ δυναμώσει διαθήκην*

πολλοῖς. La Vulgata dice: *confirmabit pactum multis*. Lutero camina en otra dirección: *Er wird aber vielen den Bund schwer machen*.

6. Muelas. De las muelas somos muy conscientes cuando nos duelen o cuando las trata el dentista; algo menos cuando masticamos, pues nos entretiene más el saborear. Menos conscientes somos de su etimología, eso que es patente: son muelas porque muelen, masticar es una molienda de labios adentro. El alemán, con su *Backenzahn* no observa la función, sino la posición. La lengua inglesa, como hija de matrimonio mixto, ha adoptado *grind* para moler, y llama *molar* a la muela. Es verdad que el latino *molere* persiste en el inglés *mill*, molino, y en otros términos emparentados; pero la etimología de *molar* no es tan llamativa.

Los hebreos tienen el término genérico *šen* que designa todos los dientes sin distinción. Eclesiastés, escribe una alegoría de la vejez o del viejo visto como casa de finca (12, 3-4): los ojos son «las que miran por las ventanas», los oídos son «puertas de la calle»; de los dientes dice: «las que muelen serán pocas y se pararán». Modo literario y elegante de anticiparse a nuestra denominación muelas.

Y ya que hablamos de moler, recuerdo que en el Madrid de mi infancia había panaderías y hornos de pan que se llamaban tahonas, de la raíz semítica *ṭhn* que significa moler.

El uso hebreo figurado de *šen* para significar pico o picacho no tiene correspondencia próxima en castellano; lo más cercano es una colina cerca de Zaragoza que llaman La Muela.

7. Aprender. Dentro del rico vocabulario bíblico sapiencial vamos a fijarnos en un sustantivo poco frecuente, *leqah*, que significa enseñanza, doctrina, instrucción, lección. Procede de la raíz *lqh*, que significa tomar, coger, recibir: la enseñanza o instrucción es algo que se toma o recibe o aprende de otro. Sucede en una relación de correlativos: doctrina y aprendizaje, el que enseña y el que aprende. Esa relación correlativa explica lo que sería falta de lógica en rigor terminológico: que un maestro pondere su “toma” refiriéndose a su “don”. Entre correlativos está permitido cambiar el punto de vista: yo doy al otro una toma, porque el otro recibe un don.

Pues tomemos el punto de vista del que recibe la instrucción y veamos cómo lo dice nuestra lengua: aprende la lección, es un aprendiz, se somete al aprendizaje. Pues bien, aprender procede de *ad-prae-hendere* que significa tomar, agarrar. La raíz está presente en prender, apresar, prisión, presa; en el orden intelectual: compren-

der, incomprensible. La pieza verbal del verbo latino *hendere* está presente también en el alemán e inglés *hand*. Con la mano se toma una presa, con la inteligencia una enseñanza: que sea comprendida y quede prendida sin desprenderse.

8. Voz. Decimos con toda naturalidad en voz baja o en voz alta, alzar o bajar la voz. Si es cuestión de decibelios, de intensidad, ¿por qué mezclamos una dimensión espacial? Alemanes e ingleses siguen otra pista, con *laut* y *loud*, que se remontan a una raíz *klu*, escuchar, oír. De donde una voz oíble, que se escucha.

Estamos más cerca de los hebreos que ya usaban los verbos *nš*, *harym*, alzar, levantar. Un personaje anónimo ordena al heraldo: «alza fuerte la voz» (Is 40,9). También hablan los hebreos de voz atronadora (*r^cm*), atribuida a Dios, señor de la tormenta (como otras divinidades orientales como Júpiter tonante). Para lo contrario el hebreo puede decir voz callada (*dēmamā*), como en la experiencia de Elías en el monte Horeb (1 Re 19,12).

Es muy pobre el campo semántico hebreo de voces, ruidos y sonidos: podemos recordar el mugir, rugir, relincho (*h^mh*, *š^g*, *h^h*). Llama la atención la onomatopeya *mēšafšef*, que podemos comparar con nuestro piar o gorjear, el griego *πιθυρίζω*, el alemán *zwitschern*, el inglés *twitter*, los italianos *gorgheggio*, *cinguettio*.

9. Golpear. Aquí tenemos una minucia que discuten los expertos y que vamos a recoger en forma de conjetura. Se trata del verbo hebreo *dfq*. En forma *qal*, en un caso claro (Cant 5,2) significa golpear (la puerta, pidiendo entrada); es dudoso el caso de Gen 33,13 referido a la caravana de hijos y rebaños, ¿será empujar, golpear metiendo prisa? Una vez (Jue 19,22) encontramos el verbo en la conjugación *hitpa^cel*, que suele expresar reciprocidad. Los canallas del pueblo se reúnen dispuestos a asaltar la casa donde se aloja el levita. La *Revised English Bible* lo traduce como acción reiterada y violenta, *beating the door violently*, el diccionario *HALAT* propone *einander drängen*; de modo semejante R. Zorell: *communi impetu se presserunt*. Siguiendo esta pista, llegamos fácilmente al verbo español se a-golp-aron. J. Corominas explica: «aglomerarse atropelladamente» (por la antigua locución «gran golpe de gente»).

10. Ligero. La raíz hebrea *qll* genera varios sustantivos y cubre varios significados. Los básicos son: ser ligero o liviano, ser ligero o rápido, ser despreciable; una vez es ser somero, no profundo. Es curiosa la presencia en el campo del peso, del volumen o profundi-

dad, del movimiento en el tiempo. Ahora bien, en español también encontramos los dos primeros significados, como he subrayado repitiendo el término ligero. También el latino *levis* (antecedente mediato de nuestro ligero) abarca el peso y la velocidad. El alemán tiene que remontarse a una raíz remota para encontrar el *leicht in Bewegung und Gewicht*.

Is 5,26 nos muestra un ejército que avanza «veloz y ligero» (*qal*). También el tiempo pasa ligero, veloz, según Job 7,6. El narrador de 2 Sam 2,18 presenta a un joven «ligero de pies» (como Aquiles ὠκύς πόδας).

El *nif^{al}*, de ordinario con valor pasivo o intransitivo, da origen a una expresión adverbial ‘*al nēqal-lā*, que se traduce perfectamente con nuestro a la ligera: «intentan curar a la ligera» (Jer 6,14). El *hif^{il}*, con valor transitivo, lo traducimos con fácil coherencia por aligerar, aliviar (Ex 18,22). El adjetivo *qēloqel* (Num 21,5) se aplica a un alimento ligero, que no sacia.

11. Sustituir. ¿Qué tienen en común suceder y sustituir? El morfema *su-*, del latino *sub*, como el griego ὑπό, conservado entero ante vocal y algunas consonantes: subalterno, subarriendo, súbdito. La lógica abona la semejanza, ya que suceder es sustituir con posterioridad.

Es como si el sucesor o el sustituto o el suplente se encontraran debajo, dispuestos a emerger y ascender al quedar un puesto libre. Hablo del sentido original, del cual el hablante no es consciente. Si intentamos imaginarnos el proceso, veremos al sustituto colocado espacialmente a un lado: el sustituido se retira y desaparece o cambia de puesto con el sustituto. En cuanto al sucesor, si imaginamos la versión impresa, lo encontraremos debajo del antecesor.

Nosotros somos conscientes del valor espacial de *sub-* por palabras como *sub-terrá-neo*, *su-mergir*. Pero usamos *bajo*, *debajo de*, *abajo*, para la descripción espacial propia. Tenemos además unas cuantas palabras cultas formadas con el morfema griego ὑπο-: *hipocausto*, *hipo-dérmica*, *hipo-gástrico*. Los hebreos usan raramente *tahat* como adverbio y de ordinario como preposición espacial, *debajo de*: *bajo la parra*, *bajo la carga*. Conocen además un sustantivo y un adjetivo derivados que designan lo profundo, hondo. Esto permitiría a muchos percibir el símbolo espacial cuando hablaban, con la preposición *tahat*, de sucesión o sustitución.

En otra concepción espacial vamos de acuerdo con los hebreos:

se refiere al orden del poder, autoridad, dominio. Nosotros hablamos de súb-ditos, so-meter, sub-oficial, bajo el poder; según la tradición latina y griega. También los hebreos lo conciben de ese modo y usan la preposición *taḥat*: bajo el marido (potestad marital), bajo la mano, bajo los pies, bajo su madre (dependiendo de ella).

12. Denigrar. Cuando Dios, aceptando el desafío de Job, baja en la tormenta a responder, le lanza esta pregunta retórica: «¿Quién es ése que denigra mi proyecto con palabras sin sentido?» (Jb 38,2). El verbo hebreo es un *hif'íl* de *ḥšk*, a la letra es “oscurecer” el plan de Dios, que se supone claro y luminoso. El español denigrar lo traduce en términos de color: denigrar viene de negro, el color de la oscuridad. Los ingleses han retenido el verbo latino, *denigrate*, los alemanes han formado el equivalente *anschwarzen*.

El contrario, blanquear (de *lbn*) lo emplean los hebreos para significar la limpieza física o ética: «Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve» (Is 1,18); «lávame y quedaré más blanco que la nieve» (Sal 51,9).

13. Fuego. Puesto que partimos de la experiencia básica común y de otras experiencias semejantes, es probable que esta palabra nos ofrezca materiales, por ejemplo nuestra metáfora lexicalizada lengua de fuego. ¿Por qué llamamos lenguas a las llamas que se alzan y se agitan? Porque las encontramos semejantes. Dando otro paso decimos que el fuego lamía la fachada. Pues también Isaías menciona la lengua del fuego, y no contento con ello dice «como devora la paja la lengua del fuego» (5,24). El ser caso único en la Biblia y la frase en que se encuentra muestran que la metáfora no está lexicalizada. Por cierto, también nosotros decimos metafóricamente que el fuego come o devora o traga. Los hebreos llaman comida (*ma'akoleṯ*) al combustible. El Eclesiástico llama lengua a un rayo ardiente del sol (43,4).

El nombre propio de la llama es *lahab* / *lehabá*, y por derivación metafórica denomina con la misma palabra la hoja de un puñal, una espada, una lanza: el último en la famosa descripción del caballo de guerra (Jb 39,23). La expresión nos lleva de un largo salto a Manuel Machado:

El ciego sol se estrella
 en las duras aristas de las armas,
 llaga de luz los petos y espaldares
 y flamea en las puntas de las lanzas. [*Castilla*].

Nahún describe: «llamear de espadas, relampagueo de lanzas» (3,3).

Otro capítulo lo forman sensaciones o sentimientos que describimos, los hebreos y nosotros, con imágenes de fuego, de ardor. El libro de Isaías describe gente aterrorizada: «rostros de llamas sus rostros» (13,8), o rostros llameantes; nosotros diríamos febriles. Una vez el Cantar de los cantares habla del fuego del amor: «es centella de fuego, llamarada divina» (8,6); la imagen es tópica entre nosotros y se ha prestado a múltiples elaboraciones. En cambio, es frecuente en la Biblia hablar del ardor de la ira, hasta formar expresiones tópicas, lexicalizadas. También nosotros recurrimos al campo del fuego cuando decimos: encenderse en ira, inflamarse la cólera, enardecerse, requemarse, sentir resquemor, echar chispas. La coincidencia se basa en experiencias fisiológicas semejantes: se siente el calor en el rostro, síntoma de la ira o la excitación. Esta raíz empírica común de expresiones coincidentes nos lleva a la

Reflexión final. La regla del juego que me he impuesto en esta serie era coincidencia sin dependencia de usos y procesos semánticos. La explicación será una matriz común o compartida que produce efectos semejantes, entre sí independientes. El lenguaje es en última instancia expresión de experiencias humanas. Si las experiencias son idénticas o analógicas, no es extraño que en lenguas diversas encontremos fenómenos semejantes, obtenidos con los medios propios de cada una.

Una consecuencia es que fenómenos de nuestra lengua pueden ayudarnos a comprender la literatura hebrea. Otra consecuencia es que un diccionario hebreo español puede llamar la atención sobre ese tipo de correspondencias.

Los hebreos colocaban la memoria en la sede del corazón; nuestro verbo actual re-cord-ar y a-cord-arse y el clásico de-cor-ar arrancan de la misma raíz. La bailarina del Cantar con sus cabellos tiene preso a un rey (Cant 7,6); también nosotros decimos cautivar, cautivadora. Habacuc recibe orden de escribir su visión en una tablilla para que «el lector corra» (2,2); nosotros decimos leer de corrida. Un salmo aconseja «no hacerse ilusiones» con el robo, que es soplo o vanidad (62,11); nosotros podemos hablar de en-vanecerse. Jeremías denuncia a sus paisanos el pecado de idolatría con sus consecuencias: como los ídolos son vanos, vacíos (*hebel*), los seguidores se vuelven como ellos (2,5); nosotros traducimos: «siguie-

ron vanidades/vaciedades y se desvanecieron/se quedaron vacíos». Un salmo describe la acción de los súbditos rebeldes con el verbo *rwm*, levantarse (66,7); en nuestro vocabulario político contamos con levantamiento, sub-levarse, alzamiento. Nosotros llamamos manicomio al tacaño, que no da; los hebreos aplican la imagen a la inacción (Num 11,23; Is 50,2). Nosotros empleamos el término infarto, técnico y reciente aunque poco feliz de etimología (*fartus*, repleto, atiborrado); los médicos hablan de necrosis, muerte de los tejidos; el narrador de 1 Sam dice que a Nabal «se le murió por dentro el corazón y se quedó de piedra» (25,38), probablemente infarto fulminante.

RESUMEN

Este artículo es el último de una serie de ensayos de semántica comparada. El autor pone de manifiesto las coincidencias —que no dependencias— de usos y procesos semánticos entre el hebreo, el español y algunas otras lenguas modernas. Numerosos ejemplos ilustran la idea de que el lenguaje, como vía de expresión de las experiencias humanas, presenta fenómenos muy semejantes en distintas lenguas y en momentos diversos de la historia.

SUMMARY

This article is the last of a series of essays on semantics. The author calls the attention to the independent coincidences of Hebrew, Spanish, and other modern languages in semantic uses and developments. Numerous examples show that speech, as a way of expression of human experiences, bears strong similarities through different languages and times of history.